

grande y el pueblo feliz, en el que la República francesa creará por su solo ejemplo la República europea, y en el que por fin seremos todos, en esta querida tierra de Francia, libres como en Inglaterra, iguales como en América y hermanos como en el cielo!

VÍCTOR HUGO.

18 Setiembre 1851.,

ORACIONES FÚNEBRES

1843 Á 1850

ORACIONES FÚNEBRES

FUNERALES DE CASIMIRO DELAVIGNE

20 Diciembre 1843.

El que tiene el honor de presidir en este momento la Academia francesa no puede, cualquiera que sea la situación en que se halle, dejar de estar presente un día como el de hoy, ni permanecer callado ante un féretro como el que tenemos delante.

Abandona por un instante su duelo personal para unirse al general dolor, y ha de acallar el triste egoísmo de su desgracia para asociarse á la pesadumbre que todos sienten. Aceptemos con obediencia grave y resignada los misteriosos designios de la Providencia, que multiplican entre nosotros las madres y las viudas desoladas, que imponen al sentimiento deberes hácia el dolor, y que en su omnipotencia impenetrable hacen consolar al hijo que ha perdido á su padre por el padre que ha perdido á su hijo.

Consolar! Sí, esta es la palabra. ¡Que el hijo que nos escucha tenga, en efecto, por supremo consuelo el recuerdo de quién ha sido su padre! ¡Que aquella hermosa vida, tan llena de obras excelentes, aparezca hoy á su joven espíritu con todo el sello de grandeza, de acabado y de venerable que dá la muerte á la vida! Día llegará en que en otro sitio digamos todo lo que las letras lloran aquí. La Academia honrará con un elogio público aquella alma serena y elevada, aquel corazón dulce y bondadoso, aquel espíritu concienzudo, aquel gran talento.

Pero digámoslo, desde luego, aunque nos espongamos á tener que repetirlo;

pocos escritores han cumplido su misión mejor que M. Casimiro Delavigne, pocas existencias han estado mejor empleadas, á pesar de los sufrimientos físicos, ni mejor ocupadas, aunque se tome en cuenta la brevedad de sus días. Era dos veces poeta: estaba dotado al mismo tiempo de la potencia lírica y dramática; lo había conocido todo, todo lo había obtenido, todo lo había atravesado y experimentado; popularidad, aplausos, aclamaciones de la multitud, triunfos teatrales, siempre deslumbradores, siempre justos.

Como toda inteligencia superior, su mirada estaba fija en un fin trascendental; estaba convencido de la verdad, de que el talento es un deber, y comprendía profundamente, con la conciencia de su responsabilidad, la alta misión que el pensamiento ejerce entre los hombres y que el poeta cumple entre las almas. Vibraba en él la popular fiebre; amaba al pueblo, al que pertenecía, y tenía todos los instintos del magnífico porvenir de trabajo y concordia que la humanidad espera. Muy joven, en su entusiasmo había saludado aquellos reinados deslumbradores é ilustres que engrandecen las naciones por medio de la guerra: hombre ya maduro, se adhirió á los gobiernos inteligentes y sábios que civilizan el mundo con la paz.

Mucho trabajó. Que descansase en paz! ¡Que las ruines emulaciones que persiguen á los hombres ilustres, que las divisiones de escuela y las rencillas de los partidos, y las pasiones, y las ingravidades literarias, guarden silencio en torno del noble poeta, ya dormido para siempre! Injusticias, clamores, luchas, sufrimientos, todo cuanto turba y agita la vida de los hombres eminentes, se des-

vanece ante la sagrada hora que llegó para él. La muerte es el advenimiento de la verdad. Ante ella no resta del poeta más que la gloria, del hombre el alma y de este mundo Dios.

Funerales de Federico Soulié

27 Setiembre 1847.

Los autores dramáticos han deseado que yo tenga en este día tristísimo de duelo el honor de representarles y de dar el último y supremo adiós á aquel noble corazón, á aquella alma generosa, á aquel espíritu elevado, á aquel bellísimo y verdadero talento que se llamaba Federico Soulié. ¡Deber austero, que ha de cumplirse con la tristeza viril, digna del hombre fuerte y extraordinario que todos lloramos! Ay! la muerte es implacable y tiene preferencias misteriosas, y muchas veces no espera que blanquee una cabeza para escogerla por víctima. Triste y fatal hecho es que antes de terminar su jornada sean arrebatados de la vida los obreros de la inteligencia. Apenas hace cuatro años que casi todos los mismos que aquí nos vemos reunidos nos juntábamos para inclinarnos ante la tumba de Casimiro Delavigne, y hoy nos inclinamos ante el féretro de Federico Soulié.

No esperéis, señores, que os cite las muchas obras constantemente aplaudidas de Federico Soulié. Permitidme únicamente que trate de presentar ante vuestra vista, en breves palabras, y de evocar, por decirlo así, ante su ataúd, lo que podría llamarse la fisonomía moral de este notabilísimo escritor.

En sus dramas, en sus novelas, en sus poemas, Federico Soulié ha sido siempre el hombre sério que tiende hácia una idea y á quien sirve de guía una misión impuesta por sí mismo. En esta grande época literaria, en que el génio, circunstancia que no ha existido hasta hoy y la proclamo para honor de nuestros tiempos, no se separa jamás de la independencia, Federico Soulié era de aquellos que no se inclinan sino para escuchar su conciencia y de los que con su dignidad honran su talento. Era de los hombres que nada desean más que el producto de su trabajo; que hacen del pensamiento

una causa de honradez y del teatro un sitio de enseñanza; que respetan la poesía y el pueblo á un tiempo mismo; que por esto tienen osadía; pero que al aceptar plenamente la responsabilidad de ella, no olvidan que en el escritor hay algo del magistrado y en el poeta algo del sacerdote.

Deseando trabajar mucho, trabajaba de prisa, como si comprendiese que muy pronto tendría que descansar. Su talento era su alma, siempre llena de la mejor y más sana energía.

De esto resultaba aquella fuerza que se resolvía en vigor para los pensadores y en energía para la multitud. Vivía por el corazón, y esto ha sido la causa de su muerte. Pero no le tengamos lástima, que ha sido recompensado por veinte triunfos y por una popularidad que á nadie irritaba, porque era á todos simpática.

Le querían los que le trataban y los que no le conocían; era amado y era popular, que es indudablemente uno de los modos más gratos de ser queridos.

Merecía su popularidad, porque tuvo siempre fijos en su alma los dos nobles fines que contienen toda la parte noble del egoísmo y todo lo que la abnegación encierra de verdadero: ser libre y ser útil.

Ha muerto como un sábio que cree, porque piensa; ha muerto tranquila y noblemente, con la cándida sonrisa de un jóven y con la gravedad simpática de un anciano. Ha debido sin duda sentir verse obligado á abandonar la obra de la civilización que los escritores de este siglo hacen en conjunto y á partir antes de la hora solemne y tal vez próxima que llamará á todas las prohibiciones y á todas las inteligencias al santo trabajo del porvenir. Ciertamente era á propósito para este trabajo glorioso, porque su corazón estaba lleno de compasión y de entusiasmo, y se volvía sin cesar hácia el pueblo, porque en él existen todas las miserias y de él proceden todas las grandezas.

Sus amigos lo saben, sus obras lo atestiguan, sus escritos lo prueban. Toda la vida tuvo Federico Soulié fija la vista en el estudio severo de las grandes verdades políticas y en los inmensos misterios sociales, que apreciaba bajo el prisma de su clarísima inteligencia. Ha interrumpido ahora esta contemplación para reanudarla desde más alto; ha ido á encontrar otras verdades, otras certezas,



HONORATO BALZACH

FEDERICO SOULIE

otros misterios en la profunda sombra de la muerte.

Una palabra no más, señores. Que este gentío que nos rodea y que procura escuchar mi voz con tan religiosa atención; que este pueblo generoso, trabajador y pensador, que no falta á ninguna de estas tristes solemnidades y que sigue los féretros de sus escritores como se acompaña el entierro de un amigo; que este pueblo tan inteligente y tan formal sepa que cuando los filósofos, cuando los escritores, cuando los poetas llegan á este recinto para conducir al abismo común de todos los hombres á alguno de sus hermanos, llegan sin turbación, sin sombras, sin inquietud, llenos de fé inexplicable hácia otra vida, sin la cual ésta no sería digna ni de Dios que la dá ni del hombre que la recibe.

Los pensadores creen en Dios y miran con tranquilidad, serenos y hasta algunos con alegría, esa fosa que no tiene fondo, porque saben que si el cuerpo halla en ella una cárcel, el alma, por el contrario, en ella encuentra alas para volar.

Las almas nobles de nuestros queridos muertos, como ésta cuya partida ahora lloramos; las almas que solo han tenido en el mundo un objeto y una inspiración, que solo han buscado por recompensa á sus trabajos la luz y la libertad, esas almas no pueden caer aquí en un lazo. La muerte no es una mentira; no encuentran en las tinieblas la cautividad espantosa, la cadena terrible que se llama la nada. Continúan, por el contrario, radiando esplendorosamente su vuelo sublime y su destino inmortal.

Eran ya libres en la poesía, en el arte, en la inteligencia y en el pensamiento; ahora serán libres también en el sepulcro.

FUNERALES DE BALZAC

20 Agosto 1850.

Señores:

El hombre que acaba de descender á esa tumba era de aquellos á los que el duelo público sirve de cortejo. En estos tiempos todas las ficciones se han desvanecido. Las miradas se fijan ahora, no en las cabezas que reinan, sino en las

que piensan, y la nación entera se estremeció cuando ve desaparecer una de las últimas. Hoy, el duelo popular representa la muerte del hombre de talento; el duelo nacional es la muerte del hombre de génio.

Señores, el nombre de Balzac quedará unido á la estela luminosa que nuestra época dejará en el porvenir.

Honorato de Balzac formaba parte de la poderosa generación de escritores del siglo diez y nueve que siguió á Napoleón, lo mismo que la ilustre pléyade del siglo diez y siete siguió á Richelieu, como si en el desarrollo de la civilización existiese una ley que ordenase la sucesión de los que dominan por espíritu á los que dominan por la espada.

M. de Balzac era uno de los primeros entre los más grandes y uno de los más eminentes entre los mejores. No es sitio éste á propósito para decir todo lo que fué aquella espléndida y soberana inteligencia. Todos sus libros no forman más que uno; libro viviente, luminoso, profundo, en el que se siente el ir y venir y marchar y moverse, con un no sé qué azorado y terrible mezclado con lo real, á toda nuestra civilización contemporánea; libro maravilloso, que el poeta tituló *comedia*, pero que hubiera podido llamar historia; que toma todas las formas y todos los estilos; que sobrepuja á Tácito y que llega á Suetonio; que á través de Beaumarchais alcanza á Rabelais; libro formado por la observación y la imaginación unidas; que prodiga lo verdadero, lo íntimo, lo social, lo trivial, lo material, y que en algunos instantes, al través de todas las realidades bruscas y ámpliamente desgarradas, deja de repente entrever el más sombrío y trágico ideal.

A su pesar, que quiera ó no, que lo confiese ó no lo confiese, el autor de esta obra inmensa y extraordinaria pertenece á la fuerte raza de los escritores revolucionarios. Balzac vá derecho al objeto; ase cuerpo á cuerpo á la sociedad moderna; arranca á sus individuos, á unos la ilusión, á otros la esperanza, á éstos un grito, á aquellos una careta. Repasa todas las páginas del vicio y disecciona la pasión, profundizando y sondeando al hombre, el alma, el corazón, las entrañas, el cerebro, el abismo que cada uno encierra dentro de su sér, y por un dón de su libre y vigorosa naturaleza, por un privilegio de las inteligencias de nuestra época, que, habiendo presenciado las revoluciones de cerca, distinguen mejor el

fin del género humano y comprenden mejor la Providencia, Balzac se desentendiendo sonriendo y serenamente de aquellos temibles estudios que ocasionaron la melancolía de Molière y la misantropía de Rousseau.

Hé aquí lo que hizo mientras estuvo con nosotros. Hé aquí la obra que nos deja, obra elevada y sólida, fortísimo conjunto de hiladas de granito, monumental obra, desde cuya altura resplandecerá para siempre su fama inmortal. Los grandes hombres se construyen su pedestal; el porvenir se encarga de la estatua.

Su muerte ha sumido á Paris en estu- por profundo. Hacia algunos meses que había llegado á Francia. Sentía que iba á morir y quiso volver á ver su pátria, como el que la víspera de un largo viaje se apresura antes á abrazar á su madre.

Su vida ha sido corta, pero aprovechada; más llena de obras que de días.

Este trabajador potente y nunca fatigado, este filósofo, este pensador, este poeta, este génio ha vivido entre nosotros la vida de las tempestades, de las luchas, de las discusiones, de los combates de que participaron en todos los tiempos los hombres eminentes. Hoy miradle ya en paz y libre de polémicas y rencores, llegando en un mismo día á la gloria y á la tumba. Vá á brillar, en lo sucesivo, encima de las nubes que se amontonan sobre nuestras cabezas entre las estrellas de la pátria.

No os sentís tentados á envidiarle?

Señores, á pesar de que nos embarga el sentimiento ante tan gran pérdida, resignémonos á estas catástrofes, aceptándolas como dolorosas y severas. Quizás es conveniente y necesario, en una época como la actual, de tiempo en tiempo una gran muerte, que comunique á los espíritus devorados por la duda y por el excepticismo una sacudida religiosa. La Pro-

videncia sabe lo que se hace cuando pone al pueblo cara á cara con el misterio supremo y cuando le proporciona ocasión para meditar sobre la muerte, que es la gran igualdad y también la gran libertad.

La Providencia es sábia, porque ésta es la más alta de todas las enseñanzas. Es imposible que dejen de llenar austeros y serios pensamientos todos los corazones cuando un sublime espíritu entra majestuosamente en la otra vida; cuando uno de esos seres que se han cernido largo tiempo sobre la multitud con las alas visibles del génio, despliega de pronto otras alas que no se ven para sumergirse bruscamente en lo desconocido.

Pero no, no es lo desconocido. Ya he dicho en otra ocasión, también dolorosa, y no me cansaré de repetirlo, que no se sumergen en la oscuridad, sino en la luz; que morir no es el fin, sino el principio; no es ir á la nada, es ir á la eternidad. ¿No lo creéis así los que me estais escuchando? Féretros como éste demuestran la inmortalidad, y ante cadáveres tan ilustres se comprende distintamente la misión sublime de la inteligencia, que atraviesa por el mundo para sufrir y purificarse y que se llama el hombre, y se comprende que es imposible que los que fueron génios durante la vida no sean almas despues de la muerte.

El 2 de Diciembre de 1851.

NOTA.

Sabido es que ese día dió el golpe de Estado Luis Napoleon. Por no hacer un vacío en el órden correlativo de fechas de los tres libros *Antes del destierro*, *En el destierro* y *Despues del destierro*, encabezamos estas líneas con la última, que abarca el primero de los tres; pero no insertamos aquí la historia del golpe de Estado ni la del destierro de Victor Hugo, porque una y otra las hemos publicado detalladamente en *Napoleon el Pequeño* y en *La Historia de un crimen*, que forman parte del tomo III de nuestra publicación.—(N. del T.)

FIN DE ANTES DEL DESTIERRO.

EN EL DESTIERRO

1852 Á 1870

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1966. 1625 MONTERREY, MEXICO